

**Santa Catalina de Siena (29 de Abril de 2010)**  
**Monasterio de Santa Catalina – Madrid**  
**500 años del Monasterio**

**Santa Catalina de Siena: la fuente del deseo**

Se atribuye a santa Teresa de Ávila la afirmación de que, después del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, no ha habido nada tan milagroso como la vida de santa Catalina de Siena. Efectivamente, en **un siglo con graves deterioros** como fue el siglo XIV, se desarrolló una vida tan evangélica y santa como la de Catalina. La santa vivió en uno de los momentos más tristes de la historia de Europa y de la Iglesia. Siglo de decadencia de las grandes construcciones ideológicas, también de las arquitectónicas del siglo anterior. Decadencia, sobre todo, de las órdenes religiosas y de la misma Iglesia. Siglo del cisma de Occidente, en el que llegaron a existir a la vez tres papas. Siglo de profundas crisis en la vida política, en concreto en Italia, con las ciudades próximas enfrentadas entre sí y contra el Papa. La peste llamada “negra” asoló Europa. Pues bien, esta mujer, joven y analfabeta, que, aunque vistió un hábito que hoy llamaríamos de religiosa, fue una laica, estuvo presente en los lugares de confrontación y crisis. Atendió a enfermos de peste, ocho sobrinos suyos murieron de la peste llamada de los “bambini”, de los niños; se enfrentó con autoridades políticas y eclesiásticas, influyó decididamente en la reforma de los frailes dominicos, y, sobre todo, no cejó en exigir al Papa que él y los cardenales -a los que llegó a llamar “demonios colorados”- actuaran de acuerdo con sus responsabilidades. Todo esto desde su condición de mujer sencilla pero firme, en una breve vida (fallece a los treinta y tres años). Como una alegoría de lo que estaba llamada a ser su vida: **llamada a reproducir la vida de Cristo.**

¿Dónde encontró Catalina los conocimientos y la energía para actuar así? La respuesta es simple, pero todo el mundo que se asoma a su intensa vida lo reconoce así: en su **intimidad con Dios**. ¿Cómo consigue esa intimidad? Ante todo por su capacidad de penetrar en la verdad de sí misma, en ser persona de profunda vida interior. En ese interior descubre a Dios. Y lo descubre precisamente como la fuente capaz de satisfacer los deseos infinitos del corazón humano. Es decir, al sentir su enorme **capacidad de deseo**, descubre que sólo la fuente que está en Dios es capaz de satisfacer sus búsquedas. Como si dijéramos que los deseos humanos están puestos en nuestro corazón para llevarnos a Dios, único Amor a medida de nuestro deseo, capaz de saciarlos y plenificarlos. No hay que confundir los deseos con las necesidades. El ser humano puede satisfacer sus necesidades pero no satisface nunca del todo sus deseos. Por ejemplo, el deseo de amor y amistad, de justicia y sabiduría. Los deseos siempre piden más. Tan pronto como tratamos de satisfacerlos, nos impulsan a seguir bebiendo de ellos. Cuando tratamos de satisfacer nuestros deseos, a la vez los estamos alimentando y motivando. Cuando se orientan por caminos que no pueden ofrecer lo que los deseos prometen, el fracaso y la desorientación están más que asegurados. Los deseos infinitos sólo se pueden orientar hacia una fuente a su altura y medida, sólo se mantienen y alimentan en la fuente del Dios vivo.

El deseo es un componente esencial del amor y de la esperanza. También de la **fe**, que no es tanto “ver” o “conocer” a Dios, como “**deseo de Dios**”. Para Catalina, la fe es, sobre todo, deseo de Dios: un deseo de Dios por la íntima unión con Jesucristo. Este deseo confiado fue el que llevó a Catalina a pronunciar reiteradamente el famoso “io voglio”, “yo quiero”, ante el Papa, para obligarle a tomar la decisión de volver a poner la corte pontificia en Roma, separándose de Avignon, donde estaba a merced de las autoridades políticas francesas. Lo quería ella, pero no como un capricho del deseo mal entendido, sino como la profunda convicción de que su deseo era el de Cristo. No era una mujer caprichosa como Herodías o Salomé, sino confiada y evangélica como María (cuyo constante deseo es: “**haced lo que Él os diga**”).

Hace poco escuchaba en un programa de TV: “nadie se imagina hasta donde puede llegar el deseo de una mujer”. Pues bien, cuando nuestros deseos se identifican y alimentan de la fuente que es Cristo, esos deseos se convierten en una **pasión por la voluntad de Dios y por la causa de su Reino**. Y se convierten en deseos de paz, autenticidad, santidad y sabiduría. El deseo confiado se convierte en la **virtud teologal** de la fe-esperanza-amor. Más allá de una espiritualidad propiamente “femenina”, es mejor aún una espiritualidad profundamente humana que nos invita a dirigir los insaciables deseos del corazón en la perspectiva del Reino de Dios.

Precisamente en las notas que me mandó sor María Dominica (de esta comunidad contemplativa del Santa Catalina de Siena en Alcobendas) sobre la historia del monasterio, decía que lo común y permanente en la historia de 5 siglos del monasterio eran “**los deseos de santidad y entrega a Dios**” de las hermanas. Me escribía en su carta: “*Han ido pasando vidas sencillas, abnegadas, ocultas... de las que nunca se sabrá nada especial, no se publicará lo que han hecho, pero sí estará reseñado en el libro de la vida. Vidas consumidas ante el Santísimo, en oración, gastándose como la lamparilla, a la que nadie presta atención, pero que es la mejor confidente del Señor. Vidas de fidelidad que no han dejado que su amor primero, su amor de juventud, se extinguiera con el paso de los años, sino que por el contrario han hecho que ese amor por el Señor las fuera transformando en un identificarse con el Esposo, hasta poder decir con San Pablo: “no soy yo, es Cristo quien vive en mí”.*

El deseo de Dios y del Reino en Catalina se manifestó también como un **deseo por la Iglesia y por la Orden**, a las que urgía para que su vida y práctica se asemejara cada vez más a la que estaban llamadas a ser. Su espiritualidad dominicana es realista y, a la vez, confiada en las enormes capacidades que tenemos para acercarnos al “sueño de Dios” para nuestra vida. Además, en ella se da una profunda unión entre la **mística**, o sea, la vida en Dios y desde Dios, y el **compromiso** con los seres humanos, que la lleva a intervenir decididamente en la actividad política y social. Lo hizo **por encargo de Cristo, muy a pesar de sus primeros deseos** de vivir en el silencio esa intimidad con Él. De modo que le reprocha que le encargue tareas que la sobrepasan y además que la apartan de vivir su unión con él en la oración. Se queja a Cristo: “Me echas, Señor, de estar junto a ti” a lo que Cristo le responde: “Quiero unirte más a mí por medio de la caridad con prójimo..., llevas el hábito anhelado de la Orden –de dominica- nacida para el bien del prójimo”. Una

persona caprichosa haría prevalecer sus deseos; una persona creyente alimenta sus deseos en los del Señor. Catalina obedece hasta enfrentarse con el mismo Papa Gregorio XI. En varios momentos le grita al Papa dedicado en exceso a la vida política: "*almas que no ciudades*" es lo que debe atraer su actuar como Papa. De la intimidad con Cristo nace su compromiso a actuar y a animar a otros a que actúen como lo haría Jesucristo. En el fondo, la **intimidad es el fuego que aviva el deseo**: el deseo por Dios y por la humanidad.

La **vida contemplativa** existe para recordar a la Iglesia y al mundo la centralidad de la intimidad con Dios para encontrar sentido, orientación y alegría profunda en la vida. Existe para señalar e indicar la dirección en la que dirigir los insaciables deseos de nuestro corazón. Encomendamos este monasterio "Santa Catalina en Alcobendas" y a toda nuestra Familia Dominicana a la Virgen de la Rosa y a Santa Catalina de Siena, a la vez que pedimos que la intimidad con el Señor de nuestras hermanas contemplativas avive nuestro deseo de anunciar el Evangelio en medio de las dificultades. Que la presencia del Dios vivo en medio de nosotros en esta Eucaristía oriente y acreciente nuestros deseos.

Fr. Francisco Javier Carballo  
Prior Provincial de la Provincia de España